

extraña. Sobre todo si tenemos en cuenta que por lo general cuando se fotografía a putas auténticas, aun cuando se trate de mujeres hermosas, suelen aparecer más bien feas en las fotos.

Ni siquiera el "sex-appeal" es lo que era. El amor ha abandonado para siempre los campos, ha acudido a la escuela y ahora lo llaman erotismo. A Helmut Newton le gusta fotografiar a sus modelos en la contraluz de la ventana. Así consigue efectos visuales sorprendentes: la sombra de una barra de la ventana penetra entre los muslos abiertos de la mujer. Newton dice de la relación amorosa: es una simple cuestión de herramientas. Ahora que la quincallería comienza a agotarse, Newton entra en el gimnasio. Atleta masculino con traje ceñido y maniquí vestida de cuero negro: duro cuerpo a cuerpo entre ambos. ¡Qué raro que no aparezca siquiera un látigo!... Los fotografías son como todo el mundo, a veces tienen ideas extrañas. Pero son las que flotan en el ambiente.

Otro tanto cabe decir de las relaciones entre mujeres que aparecen en estas imágenes publicitarias, imágenes terribles. En un cuadro de Rembrandt, que figura en el Louvre, y que representa a Batsabé con su sirvienta, vemos en la mirada que aquella deja caer sobre ésta y,

recíprocamente, en la que ésta eleva hacia aquélla una cierta insinuación de complicidad: o al menos, esa parte de ternura y de ironía que implica toda complicidad. Nada de eso hay en las fotos de ama y criada de Guy Bourdin: aquí sólo una mujer, la primera, tiene todos los derechos; la otra debe limitarse a cumplir su deber. No es lo mismo: adió a la sensualidad bíblica; ya sólo nos enfrentamos a una pobre historia sin libertad.

Recostada contra la pared, en una esquina, aparece en otra foto una muchacha vestida de visión que tiene un cierto parecido con Marilyn Monroe y a la que un hombre está metiendo mano. En primer plano, unas bragas de seda. Tal vez sólo se trate de una escena de amor entre los cubos de la basura, pero uno no puede evitar pensar en una violación. Aunque aquí Marilyn aparece riendo. Y uno se siente incómodo. Igual que frente a esas ninfas de aspecto enfermizo y esas imágenes que sugieren la sobredosis a los doce años. Uno se siente incómodo porque es extraño y cuesta acostumbrarse a ello. No tiene nada que ver con la gazmoñería. Ocurre sólo que el negro de la dama es exagerado y que su perfume huele, sí, huele demasiado a muerte. ¡Dichosas Navidades!

"Le Nouvel Observateur".



Quand les fleurs sont fanées, la coupe fleurit encore.

Cuerpos de mujer tendidos en la affombra, cadáveres elegantemente vestidos, forman parte de este nuevo mundo creado por la publicidad de la alta costura. Foto de Guy Bourdin, aparecida en "Vogue" de diciembre-enero.



Antoni Ros Marbá, nuevo titular de la Orquesta Nacional.

Acerca de un relevo

PUES nada, sucedió que el director general de Música decidió no renovar a Frühbeck su contrato de titular de la Orquesta Nacional y en su lugar puso a Antoni Ros Marbá. La cosa, a primera vista, no tiene por qué llamar la atención: lo mismo que hay orquestas que mantienen a sus directores titulares con carácter casi vitalicio —la de Filadelfia, la Filarmónica de Berlín—, existen otras que los cambian con relativa frecuencia. Son formas distintas de ver las cosas.

Sin embargo, en el caso del relevo del titular de la Nacional debe haber algo más, y ese algo más debe ser algo raro, porque si no no se explica que tanta gente se tire los trastos a la cabeza discutiendo sobre si la decisión es "democrática" o "antidemocrática".

A mí, la verdad es que en todo esto hay una cuestión de principio que me indigna, y es la absoluta sumisión con que en este país se acatan los tópicos de moda. Hasta hace poco, lo importante era saber si cualquier asunto, incluso el penalty que señalara un árbitro, era "reaccionario" o "progresista" —normalmente, el penalty era progresista si se señalaba en contra del Real Madrid—. Hoy, ni siquiera nos movemos a esos niveles tan generales: aquejados de coyunturalismo, tenemos que andar devanándonos los sesos para decidir si esto es "democrático" y aquello "antidemocrático", y ahora le ha tocado el turno a la cuestión de la sustitución del señor Frühbeck. Pues miren ustedes por dónde: a mí lo del "democratismo" de la tal cuestión me importa un soberano rábano. Lo que me interesaría saber es si se trata de una feaña personal o de un hecho puramente objetivo; si es una manobra o una decisión política racional; sobre todo, si redundará o no en beneficio de la música española.

Y ahora, lector, llega el momento de expresar mi perplejidad: he dicho que me interesaría saber todas esas cosas porque es que no las sé. La sustitución de Frühbeck es un acto de la máxima autoridad musical que, para su comprensión, requiere ser insertado en el contexto de otra serie de actos y decisiones, contexto que configura la política de esa máxima autoridad. Pero yo, señores, no sé absolutamente nada de esa política. El director general de Música, hombre famoso por su talante abierto, ha convocado algunas veces a los medios de Información para darles cuenta de sus determinaciones y proyectos. Un servidor de esto se ha enterado por esos medios de información, porque no ha tenido el gusto de ser llamado por el director general de Música en ninguna de esas ocasiones. De las entrevistas que he visto hechas —una, eso sí, aquí en TRIUNFO— al director general de Música, únicamente he conseguido retener frases como "sólo lo malo no admite mejora" y "la música no es música celestial, aunque suene bien"; aseveraciones en sí muy respetables, pero a mi modesto entender escasamente aplicables a cuestiones tan acuciantes como las que tienen planteadas en España la música y la profesión musical. He conseguido saber también que el director general de Música tiene una discoteca muy amplia, que va desde Alban Berg a Joan Baez —curioso continuum, vive Dios—, todo esto, la verdad, es que me aclara muy poco de la política musical que está siguiendo el director general de Música.

Por otra parte, he llegado a mis manos una carta de Juventudes Musicales de Madrid recibida en TRIUNFO —por lo menos éstos se acuerdan de uno—, en la cual se pone en solfa la labor de la Dirección General de Música. Dicha carta sostiene con argumentos bastante sólidos la tesis de que la actual política musical no hace sino continuar la nefasta de épocas pasadas. Todo eso me parece muy bien. Pero no puedo evitar la hitchcockiana sombra de una duda cuando tal carta viene acompañada de una breve nota en la que se ruega su publicación "para bien de la música española". No me suele gustar que vengan de fuera a encargarme sagradas misiones; mejos cuando quien las encarga —es decir, el firmante de la dichosa nota— ha ocupado hasta hace poco un cargo en la Comisaría de la Música, que era como se llamaba la Dirección General de Música cuando las cosas, al menos terminológicamente, estaban más claras.

Total, lector, que te confirmo lo que muchas veces has sospechado de mí: que no sé nada. Sólo que esta vez estoy por decir que me alegro de no saberlo. ■ JOSE RAMON RUBIO.